

A MI CAMARADA BERNARDO

Por Enrique González Rojo

Cuando fuimos a enterrar a José Revueltas, varias personas cercanas a él tomamos la palabra. El Secretario de Educación Pública de entonces, pretendió pronunciar tras ello una ampulosa alocución fúnebre, intentando, como es habitual en el poder estatal, iniciar el proceso de “asimilación” de la rebeldía; pero la comitiva de amigos y deudos de Pepe, conscientes de esa intención, le quitó la palabra. Hubo después cantos revolucionarios y solidaridad de unos con otros y de todos con el gran ausente. Se hizo un silencio que duró varios minutos. Y un viejo comunista, con voz pausada, grave pero perfectamente audible, aprovechó ese momento para soltar la frase: "Camarada Revueltas, misión cumplida". Lo mismo venimos ahora a decirle a Bernardo. Y vamos a hacerlo, porque él también pensó que su estancia en el mundo conllevaba una misión: la de luchar por una reorganización de la sociedad donde no sólo hubiera mejoras en la vida de los hombres y mujeres, sobre todo los pobres, sino que llevara a cabo la grandiosa tarea de emanciparnos de todo régimen capitalista o burocrático, que no puede existir sin tener a sus trabajadores e integrantes en general, además de aherrojados y disminuidos, en un continuo proceso de explotación.

Mi amistad con Bernardo abarca 50 años. Durante este largo período, fui testigo de su infatigable pasión política, su afán de servicio, su deseo, siempre renovado, de poner su granito de arena en el esfuerzo titánico requerido para realizar las mejores causas que nos sea dable concebir. Lo conocí cuando, como uno de los dirigentes de la Juventud Comunista, ardía en deseos de transitar al PCM, lo cual era obstaculizado por los burócratas encinistas de la época. Logró finalmente incorporarse al Partido y militar en la célula Federico Engels de esta agrupación. No puedo detenerme mucho en esta historia que, de agosto-septiembre de 1957 a 1960, dio pie a que se incubara lo que después se llamará el movimiento espartaquista. Quiero recordar aquí, sin embargo, una broma -no

exenta de significado-, que sobre esa época hacíamos él y yo y que, no hace mucho, la soltamos a Gerardo Unzueta (quien estuvo lejos de celebrar nuestra observación): ¿no sé si recuerdas que en 1960 - le dijimos- fueron expulsadas por la dirección del Partido dos células: la Carlos Marx y la Federico Engels, pero no, desde luego, la José Stalin que permaneció inalterable al interior del Partido?

Bernardo y yo no siempre trabajamos juntos políticamente. Cuando, por ejemplo, la célula Marx , encabezada por Revueltas, salió del PCM, y sus integrantes nos incorporamos al POCM durante algunos meses y luego formamos la LLE, Bernardo Bader prefirió ingresar al FO, en donde al poco tiempo entró en contradicción con las marrullerías y el atraso de Ortega Arenas. Por invitación mía, tras de abandonar el FO, formó parte de la LLE y suscribió con entusiasmo la tesis revueltista de la inexistencia histórica del partido de la clase obrera en nuestro país. Pido disculpas de nuevo por no poder sintetizar el cúmulo de planteamientos y actividades que lo conducen desde la lucha por la creación del partido de la clase trabajadora, que era el planteamiento espartaquista, hasta el ideario de la autogestión social que fue la concepción a la que se adhirió al final de su vida.

Una amistad de 50 años permite tener a cada una de las personas que la integran una perspectiva bastante clara del carácter y la personalidad de la otra. Por mi parte puedo decir que día a día se me fueron haciendo evidentes algunos de los atributos más relevantes y positivos del camarada Bader. Supongo que tenía defectos, como todos los que pisan este planeta; pero yo no se lo vi, y creo que no lo hice porque carecían de importancia. La más notoria de sus cualidades era, a mi entender, la congruencia granítica entre pensamiento y acción, dicho y hecho. Su rectitud intelectual y su coherencia político-social no fueron, puedo asegurarlo, algo incidental y pasajero, sino una opción de vida. Es por eso que Bernardo, como Revueltas –y como tantos otros que pertenecen a las huestes de la honestidad-, murió al pie del cañón preocupado por la situación política internacional, por la de nuestro país y por la de los trabajadores y trabajadoras del hospital donde cerró los ojos para

siempre. La posición político-social de nuestro camarada no sólo fue continua, perseverante, sin desmayos circunstanciales, sino evolutiva y renovadora. Bernardo era enemigo de las ideas fijas y de los dogmas flamígeros y definitivos. “Me cuesta trabajo cambiar y superarme –me decía con frecuencia- pero tarde o temprano me veo en la necesidad de emprender el cambio y no hay nada ni nadie que me lo impida hacer”. Esta es la razón de fondo de su espíritu crítico permanente –digna en verdad de ser imitada- y el trasfondo espiritual que nos permite entender, para poner un caso, el salto político de Bernardo del pensamiento leninista al ideario de la autogestión o, en una especie de derrumbe de un muro de Berlín anímico, de la exaltación de los países llamados socialistas a la crítica profunda y sustancial, hecha desde la izquierda, de todos ellos.

La pasión de Bernardo no era, desde luego, exclusivamente política. Era una pasión por la vida, por todo lo que, en ésta, nos habla de lo mejor del hombre: el arte, la ciencia, el afán de transformación. ¡Qué inolvidables nuestras pláticas sobre literatura! ¡Qué sensibilidad la suya para apreciar una buena novela, un poema original, un ensayo interesante e ingenioso! Su amor por la historia, lo había llevado recientemente a inscribirse en esta Universidad para realizar estudios al respecto. Con la humildad de siempre, él que era un hombre tan informado y con tanta experiencia, fue condiscípulo de varios jóvenes que cursan sus estudios en esta institución y que tal vez ahora nos acompañen. Pero entre las pláticas no políticas que más nos entusiasmaban y en las que mayormente nos entreteníamos, estaban las de la música clásica, de la cual los dos éramos entusiastas feligreses y empedernidos gladiadores. ¡Cómo le dolió a Bernardo la desaparición de la XELA! ¡Qué de luchas –por desgracia infructuosas- emprendió por su restablecimiento! Nuestras conversaciones sobre Bach, Mozart, Beethoven Brahms y tantos otros eran interminables y nos sacaban de la sintonía de la cotidianidad vulgar para ubicarnos en una dimensión más profunda, humana y trascendental. Aunque yo no me apellido Bader y Bernardo no se apellidaba González, éramos verdaderamente

hermanos, y también camaradas y amigos. Por eso, ya para terminar mi intervención, no resisto al deseo de recordar estas palabras del Ideario de Séneca: “Nada más delicioso que una amistad dulce y fiel. ¡Qué dicha disponer de un hombre en cuyo seno podamos depositar con seguridad todos nuestros secretos, sobre cuya discreción contamos aún más que con la nuestra! ¡Un hombre cuya conversación soslaye nuestras inquietudes, cuyos consejos nos decidan por el partido más prudente, cuya alegría disipe nuestra tristeza, cuya vida sola nos dé gozo!”.

Muchas gracias

México, D.F. a 16 de febrero de
2005